

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO B

3ª Lectura (Mc. 8, 27-35)



“Tú eres el Mesías... El Hijo del hombre tiene que padecer mucho”

«En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino preguntó a sus discípulos. –¿Quién dice la gente que soy yo?

Ellos le contestaron: –Unos, Juan Bautista; otros, Elías, y otros, uno de los profetas.

Él les preguntó: –Y vosotros, ¿quién decís que soy?

Pedro le contestó: –Tú eres el Mesías.

Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y empezó a instruirlos: –El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días.

Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Jesús se volvió y de cara a los discípulos increpó a Pedro: –¡Quítate de mi vista Satanás! Tú piensas como los hombres, no como Dios.

Después llamó a la gente y a sus discípulos y les dijo: –El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su

cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el Evangelio, la salvará.» (Mc. 8, 27-35).

“Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Filipo”: Jesús estaba por los entornos de Betsaida (Julias), donde había multiplicado los panes y los peces, y desde aquí se desplazó camino del norte, por la orilla oriental del Jordán, hasta Cesarea de Filipo. El traslado es de cerca de 70 Km., distancia que se recorría en dos jornadas. Las gentes de esta región eran paganas.

La pretensión de Jesús es la de consolidar la fe de sus discípulos sobre su condición divina y su misión mesiánica. Es significativo que para esta tarea Jesús se haya alejado del pueblo judío y se haya adentrado en el pagano.

“Por el camino preguntó a sus discípulos”: Los caminos de aquella época se surcaban muy lentamente, generalmente caminando. Se solían hacer entre 30 y 40 Kms. diarios por caminos llanos o poco inclinados. Estos traslados prolongados daban pie para establecer mayores relaciones de amistad e instruir a los transeúntes. Por otra parte, la fatiga física del viaje propiciaba cierta facilidad para la conversación afable entre los acompañantes. Esta circunstancia la aprovecha Jesús con frecuencia, como hará en esta ocasión.

“¿Quién dice la gente que soy yo?”: Esta pregunta de S. Marcos es un tanto diferente en S. Mateo. Dice:

«¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» (Mt. 16, 13).

No es poco con que las gentes reconozcan al menos algo grande en Cristo Jesús bajo la vertiente humana: como Hijo del hombre. En su día lo podrán reconocer también como auténtico Hijo de Dios, es decir, Dios.

Bien sabe Jesús lo que piensa y dice la gente respecto de Él y de su misión terrena, pero suscita de este modo un diálogo pedagógico, que va a terminar en lección mesiánica importantísima: autoridad, fundamento y poderes petrinus.

Es misión de la Iglesia y de todo cristiano crear ambiente de diálogo cristiano que termine, como en este caso, en pro de la Iglesia de Pedro.

En el momento histórico en que vive la Iglesia en este mundo, se hace urgente suscitar el diálogo religioso en orden a conectar las almas con Dios, las cuales están siendo asfixiadas por la propaganda atea, indiferente, pagana, mundana. Si tú no te ofreces a la labor, muy falto de amor andas. ¡Pide a Dios que te ilumine y fortalezca! Y si tú ya te has puesto al servicio de tus hermanos para acercarlos al Corazón abierto del Salvador, no te ahorres esfuerzos por hacer que ese ardiente amor se acreciente hasta que arda el mundo entero.

«**LA PREGUNTA HECHA FUERA DE JUDEA.**

Cesarea de Filipo se encuentra fuera de Judea, en la región de los gentiles. ¿Por qué nuestro Señor no pregunta a sus discípulos dentro de Judea sino en los límites de los gentiles? Para advertir nuestra insignificancia [como gentiles] es por lo que preguntó en territorio de los gentiles, y recibió la confesión verdadera y eterna del bienaventurado apóstol Pedro, a quien no se lo había revelado ni la carne ni la sangre sino el Padre celestial. De esta forma, por su fe los gentiles recibieron al Hijo de Dios mejor que los judíos. En efecto, en la ciudad de Cesarea fue Cornelio el primero de los gentiles en creer, junto con toda su familia, por medio de San Pedro el apóstol. Por eso el Señor no quiso preguntar a sus discípulos en Judea, porque los judíos no creían que Jesús fuera Hijo de Dios, sino hijo de José.» (EPIFANIO EL LATINO, Interpretación de los Evangelios, 28; PL Supp. 3, 868-869).

“**Ellos le contestaron**”: La respuesta de los discípulos es un eco del parecer de las gentes: es la triple forma que se le comunicó a Herodes:

*«Se enteró el tetrarca Herodes de todo lo que pasaba, y estaba perplejo; porque unos decían que **Juan** había resucitado de entre los muertos; otros, que **Elías** se había aparecido; y otros, que uno de los antiguos **profetas** había resucitado. Herodes dijo: “A Juan, le decapité yo. ¿Quién es, pues, éste de quien oigo tales cosas?” Y buscaba verle.» (Lc. 9, 7-9; cf. Mc. 6, 14-15).*

“**Unos, Juan Bautista**”: Tal es el caso de Herodes, y algunos otros que, como él, creían que Jesús era Juan el Bautista, que había resucitado

de entre los muertos. Herodes no concibe que pueda seguir muerto el inocente.

La culpabilidad herodiana entontece, pero censura saludablemente. Esta es la razón por la que tus maldades acusan hasta lo insospechado, pero serán saludable censura para reorientar tu vida.

“Otros, Elías”: Fundados en la profecía de Malaquías, creían que Jesús era Elías, que había de venir antes que el Mesías para preparar su llegada:

«He aquí que yo os envío al profeta Elías antes que llegue el Día de Yahveh, grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres; no sea que venga yo a herir la tierra de anatema.» (Malq. 3, 23-24).

La vida inocente, como la de S. Juan Bautista, inclina al hombre de Dios a preparar la venida última del Mesías, que volverá al final de la historia (parusía). Tu testimonio cristiano arrastrará a tus hermanos hacia Dios.

S. Mateo, después de Elías, añade a **“Jeremías”**. Se cuenta en el Libro Segundo de los Macabeos que Jeremías había escondido el tabernáculo, el arca y el altar del incienso en tiempos del destierro, y se decía que Jeremías habría de venir antes de la llegada del Mesías para descubrir el sitio donde había escondido estos tesoros:

«Se decía también en el escrito cómo el profeta (Jeremías), después de una revelación, mandó llevar consigo la Tienda y el arca; y cómo salió hacia el monte donde Moisés había subido para contemplar la heredad de Dios. Y cuando llegó Jeremías, encontró una estancia en forma de cueva; allí metió la Tienda, el arca y el altar del incienso, y tapó la entrada. Volvieron algunos de sus acompañantes para marcar el camino, pero no pudieron encontrarlo. En cuanto Jeremías lo supo, les reprendió diciéndoles: “Este lugar quedará desconocido hasta que Dios vuelva a reunir a su pueblo y le sea propicio. El Señor entonces mostrará todo esto; y aparecerá la gloria del Señor y la Nube, como se mostraba en tiempo de Moisés.» (2 Mac. 2, 4-8).

Los ojos codiciosos ven en la bondad de Jesús, a través de los siglos y por medio de su Iglesia:

- Un medio de enriquecerse: dinero.
- Una razón para cohonestar sus rapiñas.
- A un negociante.

No conciben los avarientos que la vida de Jesús sea una vida que no busca tesoros metálicos.

“Y otros, uno de los profetas”: Otras gentes se conformaban con decir que Jesús era uno de tantos profetas que había dado al mundo el pueblo judío.

Pero, en general, el pueblo no creía que Jesús fuera el Mesías esperado: según las falsas concepciones transmitidas por los antepasados y que habían enseñado sus doctores, el Mesías sería Mesías temporal, glorioso (al modo mundano) y triunfante de sus enemigos políticos (los romanos).

El pueblo veía que la vida y doctrina de Jesús no satisfacía el ideal que se había forjado. Al pueblo, estragado en y por sus vicios, no le llena la vida sobrenatural de Jesús. ¿Qué es lo que a ti te llena? –Eso eres: si Cristo, cristiano; si el mundo, mundano; si el dinero, metalizado; si el placer, vicioso...

“Él les preguntó”: Jesús busca la proclamación de fe de sus discípulos. Los intereses de Jesús van por una vía muy diferente de los rastros intereses humanos, generalmente por cosas materiales, pero Jesús eleva los ánimos de los suyos a cosas superiores.

“Y vosotros, ¿quién decís que soy?”: Los discípulos saben lo que dicen las gentes de Jesús, pero todavía ellos no se han mojado manifestando su fe en Jesús, omiten su parecer, pero Jesús provoca su intervención.

«¿QUIÉN DICE LA GENTE QUE ES EL HIJO DEL HOMBRE?»

¿Y por qué no les preguntó inmediatamente lo que ellos sentían, sino que quiso antes saber la opinión del vulgo? Porque quería que, expresada ésta y volviéndoles a preguntar a ellos: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”, el tono mismo de la pregunta los levantara a más alta

opinión acerca de Él y no cayeran en la baja del sentir de la muchedumbre. Por eso justamente tampoco les interroga al comienzo de su predicación.

Cuando ya había hecho muchos milagros y les había enseñado muchas y elevadas doctrinas, cuando les había dado tantas pruebas de su divinidad y de su unión con el Padre, entonces es cuando les plantea esta pregunta.

Y no les dijo: “¿Quién dicen los escribas y fariseos que soy yo?”, a pesar de que éstos se le acercaban muchas veces y conversaban con Él, sino: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” Con lo que buscaba el Señor el sentir del pueblo. Porque si bien ese sentir se quedaba más bajo de lo conveniente, por lo menos estaba exento de malicia; mas el (sentir) de los escribas y fariseos se inspiraba en pura maldad.

Y para dar a entender el Señor cuán ardientemente deseaba que se confesara y reconociera su encarnación, se llama a sí mismo “Hijo del Hombre”, designando así su divinidad, como lo hace en muchas otras partes.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre el Evangelio de Mateo, 54, 1; PG 58, 532-533).

Sabe Jesús lo que piensan sus discípulos, respecto de su misión terrestre, pero da un paso más en el diálogo mesiánico orientando el discurso hacia la misión petrina. El segundo intento de Jesús también se orientará hacia su Iglesia.

«LA PREGUNTA DE JESÚS FUERZA A LOS DISCÍPULOS A ALEJAR LOS RUMORES.

¿Te das cuenta de la pericia de la pregunta? No dijo inmediatamente: Vosotros, ¿quién decís que soy yo? Al contrario, se refiere a lo que dicen los demás de Él para refutarlo y mostrar que es abominable, y por ello reconducirlos a la opinión correcta. Y efectivamente lo consiguió. Cuando los discípulos dijeron: “Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, y otros que había resucitado alguno de los antiguos profetas, Él les preguntó: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” ¡Cuán discreto es ese “vosotros”! Distingue a éstos de los demás para que también huyan de sus opiniones; así no tendrán una idea indigna de Él ni poseerán confusión alguna de pensamientos inestables acerca del mismo Juan ni de la resurrección de alguno de los profetas. Vosotros –dice– que habéis sido elegidos, que habéis sido llamados al apostolado por mi voluntad, vosotros que habéis sido testigos de los milagros que he hecho, ¿quién decís

que soy yo?» (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, Comentario al Evangelio de Lucas, 9, 18; CSCO 70 (Scrip. syr. 27), 164-165).

La primera pregunta de Jesús, según la versión de S. Mateo: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?” (Mt. 16, 13), está orientada a reconocer a Jesús como hombre. No se trata de un fantasma, como pretendieron los gnósticos, sino que se encarnó realmente en las entrañas purísimas de la SS. Virgen María. Aquí Jesús está haciendo una alusión implícita y velada sobre su procedencia de su SS. Madre. Pero la segunda pregunta de Jesús: “y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”, va más allá. Ya no se trata de lo que dice la gente acerca de la grandeza humana de Jesús, sino que suscita en los apóstoles una motivación en orden a elevar los ánimos para que piensen de Él muy por encima de las gentes sencillas, es decir, que reconozcan su divinidad, pues ellos han contemplado muchos milagros y vaticinios como para pensar más correctamente sobre Jesús.

“Pedro le contestó”: Si antes todos participaban en la conversación, ahora enmudecen los demás discípulos y es sólo Pedro quien habla en nombre de la comunidad apostólica.

“Tú eres el Mesías”: S. Mateo añade: **“El Hijo de Dios vivo”** (Mt. 16, 13): Dos son las afirmaciones de S. Pedro: Jesús **Mesías** y Jesús **Dios**. Las enseñanzas de Jesús han venido preparando a los discípulos para este momento. Ahora que son conscientes de la misión de Jesús, confesada por S. Pedro, va Jesús a darle la *misión*.

Los auténticos discípulos reconocen a Jesús como Dios. Los que escuchan a Jesús día y noche (cf. Sal. 1, 2), lo reconocen.

La segunda expresión: *“El Hijo de Dios vivo”*, va más allá del mero mesianismo de Jesús, cuyo contenido ontológico, en las mentes judías, era un tanto inferior al concepto de divinidad, además de las desviaciones doctrinales que se habían insertado a la función del Mesías esperado.

Pero S. Pedro llegó a juntar rectamente estos dos epítetos de *“Mesías”* y *“Dios”*, como una misma realidad personal, bajo la inspiración del mismo Dios, como le dirá a continuación Jesús:

“Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie”: La proclamación pública de Jesús como Mesías de Dios no deberá hacerse hasta después de su muerte y resurrección, pero hasta ese momento Jesús impone silencio: secreto mesiánico.

¿Quién creería a los apóstoles con semejante mensaje? ¿No provocaría la noticia alboroto en las autoridades judías y un adelanto en la hora de la pasión? Por lo tanto, lo que procede es silenciar el dato hasta después de la resurrección.

Por otra parte, la propaganda mesiánica podría enardecer los ánimos alborotados y levantiscos de ciertos fanáticos del judaísmo, cosa que iba a extorsionar la labor evangélica que Jesús estaba realizando.

“Y empezó a instruirlos”: Puesto que ya creían los discípulos en el mesianismo de Jesús, así como, de alguna forma, en su condición divina, estaban preparados para enseñarles la concepción verdadera de su mesianismo, aunque este salto en el vacío hizo estremecer a la comunidad apostólica. Pero Jesús *“empezó a instruirlos”*.

“El Hijo del hombre”: Epíteto tomado de la profecía de Daniel:

«Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: Y he aquí que en las nubes del cielo venía como un **Hijo de hombre**. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás.» (Dan. 7, 13-14).

Pero este Hijo de hombre aparece en el profeta Daniel como triunfador, y Jesús va a hablar de pasión y muerte. Y es que de eso trata precisamente la instrucción de Jesús. Quiere ir mentalizando a sus discípulos de que el triunfo mesiánico se dará pasando por la humillación dolorosísima de la cruz.

“Tiene que padecer mucho”: El dato de la pasión se irá introduciendo en los discípulos de Jesús con cierta lentitud, timidez e incredulidad. ¡Cuánto cuesta creer y aceptar el valor salvífico de la cruz! Por todos lados se aprecia un abierto rechazo de la cruz, una censura a quienes la promueven, una condena a quienes la viven. Y por esta razón enfatiza Jesús: *“tiene que padecer allí mucho”*.

Ha llegado la hora crucial en que aquella vibrante espada de fuego, que se enarboló amenazante en el Paraíso de Adán, despierte de su milenario letargo y descargue ahora su golpe mortal en el Calvario de Jesús:

«**¡Despierta, espada, contra mi pastor, y contra el hombre de mi compañía!, oráculo de Yahveh Sebaot. ¡Hierre al pastor, que se dispersen las ovejas, y yo tornaré mi mano contra los pequeños!**» (Zac. 13, 7).

Pero la tragedia se convertirá en gloria muy gloriosa para Jesús y muy beneficiosa para toda la humanidad:

«**Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí.**» (Jn. 12, 32).

Tan convencido quedó de esta realidad el apóstol S. Pablo que llegó a exclamar a los Corintios:

«**No quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado.**» (1 Cor. 2, 2).

Un hombre no crucificado no es más que un Adán siniestro bajo el poder del maligno reptil, pero el crucificado es un Cristo inserto en el corazón del Padre.

La Cruz de Cristo es la fuente de la que mana la vida eterna: ¡ámala!

“**Tiene que ser condenado**”: La inclinación estable del mundo, enemigo acérrimo de Dios, respecto de Cristo Jesús, no será otra que la de proceder también siempre de un modo estable: la muerte de Cristo y de sus cristianos. Por eso, lo que le sucedió a Jesús en su vida terrena, le tiene que suceder a su Iglesia en el curso de los siglos:

«**Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia.**» (Col. 1, 24).

“**Por los senadores, sumos sacerdotes y letrados**”: Los ejecutores de la peor maldad de la historia de la creación, la peor maldad que se haya

hecho y que se pueda hacer, ya está hecha: la hizo la autoridad política romana y la religiosa judía: superaron a los demonios. Allí todos metieron mano. Allí todos metimos mano con nuestros propios pecados.

Las autoridades calumniaron, atacaron, mataron, destruyeron vida y obra de Jesús, pero con esta destrucción, como con el trigo que cae en tierra y muere (cf. Jn. 12, 24), consiguió Jesús la victoria.

No te llates a extrañeza cuando contemples a tus jefes deshaciendo tu vida y tu obra, más bien tiembla si esto no sucede, pues tal vez es que has minimizado el mensaje de Cristo Jesús.

Con este anuncio de su pasión, quiere Jesús arrancar de una vez, y para siempre, de la mente de sus discípulos y de la tuya, los prejuicios que habían heredado sobre un Mesías terreno, guerrero, conquistador, mundanamente glorioso, restaurador de la grandeza política de Israel.

Jesús, por el contrario, anuncia que había de ser juzgado y condenado a muerte por tan diabólico Sanedrín, el más alto tribunal criminal decadente del judaísmo, representado por los ancianos, los escribas y los sacerdotes.

“Ser ejecutado”: ¿Pero, por qué tiene que ser ejecutado el inocente? –Porque es el único capaz en el que puede ser ejecutado el pecado de la humanidad, y quedar muerto el pecado para siempre, y poder resucitar glorioso para siempre, sin que el pecado resucite jamás. Al ser ejecutado Jesús, quedó ejecutado tu pecado. Al resucitar Jesús, quedaste tú también resucitado con Él para una vida eterna. ¡Dios sea bendito!

“Y resucitar a los tres días”: El dato positivo y alentador del triunfo de Jesús sobre la muerte, no quita un ápice la tragedia de su pasión y muerte, pero el triunfo termina en resurrección y vida eterna. ¡Ánimo, que la vida no acaba en cruz, sino en resurrección, aunque a través de la cruz temporal!

El acontecimiento de la vuelta a la vida en Jesús tiene imagen en el profeta Jonás:

Dispuso Yahveh un gran pez que se tragase a Jonás, y Jonás estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches. Jonás oró a Yahveh su Dios desde el vientre del pez. Dijo: Desde mi angustia clamé a Yahveh y

él me respondió; desde el seno del seol grité, y tú oíste mi voz... Y Yahveh dio orden al pez, que vomitó a Jonás en tierra.» (Dan. 2, 1-3, 11).

“Se lo explicaba con toda claridad”: Aquí no hay parábolas, aunque a los discípulos el anuncio de la pasión les suena a parábola. Aquí hay claridad al alcance del más torpe. Las cosas se entienden tal y como dicen las palabras. Aquí no hay géneros literarios, figuras, tipos, antitipos, tropos... Sencillamente, Jesús propone su pasión como redención de la humanidad caída.

“Entonces Pedro se lo llevó aparte”: Estaba eufórico S. Pedro por la promesa del primado de jurisdicción que acababa de hacerle Jesús:

«Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.» (Mt. 16, 18).

Ahora no encajaba ni Pedro ni nadie las palabras de Jesús sobre el padecimiento tan bochornoso que anunciaba. Y S. Pedro se siente autorizado a intervenir para corregir un error de Dios. Por más que influyó en S. Pedro el amor que le tenía al Señor, sin embargo, recibe una durísima reprimenda por su oposición a la esencia del cristianismo: el amor-donación.

Indudablemente que estaban influyendo en S. Pedro las doctrinas de la sinagoga judía sobre un mesianismo rastrero. Indudablemente que Jesús reaccionó tan enérgicamente porque vio en S. Pedro el espíritu judío más deleznable. Aquí queda más de manifiesto la oposición de Jesús a la teología judía, que a la simpleza petrina.

Así como antes había hablado laudablemente S. Pedro en nombre y representación de la comunidad apostólica, confesando su fe en Cristo, ahora lo hace en nombre y representación de la naturaleza humana, negando el modo de la voluntad salvífica de Dios.

“Y se puso a increparlo”: La corrección fraterna que hace S. Pedro al Señor no viene inspirada por el Padre de la luz, sino por el padre de las tinieblas. Ante semejante despropósito era necesario reaccionar enérgicamente para que no circulase por la comunidad cristiana una de las más nefastas actitudes que puede darse entre hermanos: corregir lo bueno y fomentar lo malo:

«¡Ay, los que llaman al mal bien, y al bien mal; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad; que dan amargo por dulce, y dulce por amargo! ¡Ay, de los sabios a sus propios ojos, y para sí mismos discretos!» (Is. 5, 20-21).

S. Mateo añade: “*¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasar*”. Y este será uno de los peores supuestos en que puede caer un hombre. Manifiesta como criterio para obrar la voluntad de Dios, cuando la voluntad de Dios es contraria al falso supuesto. El manifiesto engaño no viene del Padre de la Verdad, sino del padre de la mentira.

Fíjate, mi querido hermano, en eso que tanto se cacarea de “*Guerra santa*”, “*Dios lo quiere*”, “*Deja de sufrir*”, etc. Y es que un alma criminal, con ansias de matar, necesita cohonestar su crimen poniendo a Dios como norma de inmoralidad. Y es que un alma viciosa, con ansias de enfangarse, necesita cohonestar su cieno poniendo a Dios como norma de inmoralidad. Así hicieron los griegos, para cohonestar sus vicios y maldades de todo género, inventaron todo tipo de desvergonzados dioses. Si los dioses son tan inhumanos, tan animales, nada tiene de malo que los míseros mortales terrenos imitemos a las celestes deidades.

La frase de S. Pedro aparentemente da la impresión de lealtad de un amigo para con su amigo más querido, pero la realidad es que el mejor amigo se convierte en el peor demonio, pues no obra en nombre de Dios, sino que obra inadvertidamente en nombre de Satanás:

«Queridos, no os fieis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo.» (1 Jn. 4, 1).

¡Qué fácil es pasar de la luz a las tinieblas, de amigo a enemigo, de verdad a mentira, de la gracia al pecado, de la Iglesia al mundo...!

Debes andar con temor y temblor (cf. 2 Cor. 7, 15) respecto de ti, aunque con gran confianza en el Señor y su SS. Madre, que cuidan de ti tanto cuanto tú te dejes cuidar de ellos.

«ESTO NUNCA TE SUCEDERÁ.

¿Qué quiere decir: “No sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres”? Quiere decir que Pedro, examinando con razonamiento humano y terreno el asunto, juzgaba vergonzoso e indecoroso que Cristo padeciera. Mas el Señor, reprendiéndole, le dice: “No es para mí indecoroso padecer. Eres tú más bien el que juzgas esto con ideas carnales. Porque si hubieras oído mis palabras con sentido de Dios, libre de todo pensamiento carnal, hubieras comprendido que eso es para mí lo más decoroso. Tú piensas que el padecer es indigno de mí; pero yo te digo que es intención diabólica que yo no padezca”. Así, con razones contrarias, trata el Señor de quitar a Pedro toda aquella angustia.

A Juan, que tenía por indigno del Señor recibir de sus manos el bautismo, éste le persuadió de que le bautizara, diciéndole: “Así es conveniente para nosotros” (Mt. 3, 15). Y al mismo Pedro, que se oponía a que le lavara los pies, le dijo: “Si no te lavo los pies, no tienes parte conmigo” (Jn. 13, 8). Así también ahora le contiene con razones contrarias, y con la viveza de la reprensión suprime todo el miedo que le inspira el padecer.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre el Evangelio de Mateo, 54, 4; PG 58, 537).

“Jesús se volvió, y de cara a los discípulos”: La vuelta de Jesús hacia todos los discípulos indica que la doctrina que va a impartir es para todos. Pero, además, Jesús no quería que abrigasen la menor duda en torno a la doctrina de la cruz. Aquí no se admiten tapujos, disimulos, cuchicheos... Aquí se proclama alto que la cruz es santa, querida por el Padre, amada por Jesús y hecha inteligible por el Espíritu Santo.

“Increpó a Pedro”: La reacción de Jesús tiene un dramatismo severo. Le han tocado en la fibra sensible: la voluntad de su Padre. Y si Pedro “increpa” a Jesús, Jesús “increpa” a Pedro, pero no como venganza de Jesús, sino como pedagogía salvífica para Pedro.

“¡Quítate de mi vista, Satanás!”: Jesús está viendo a Satanás cómo toma sede en el pensamiento de Pedro, y por ello le increpa como lo hiciera en el monte de la cuarentena:

«Le dice (Satanás): “Todo esto te daré si postrándote me adoras.” Dícele entonces Jesús: “Apártate, Satanás.”» (Mt. 4, 9-10).

Jesús no permite que alguien se le oponga a la voluntad de su Padre Dios, convirtiéndose en piedra de tropiezo. Su mesianismo ha de vivirlo no según la endiablada voluntad humana, sino según la divina voluntad del Padre.

“¡Quítate de mi vista, Satanás!”:

- Sea esta tu jaculatoria cuando disientas de la Cruz: *“¡Quítate de mi vista, Satanás!”*
- Sé tú severo contra solicitudes contrarias a la Cruz: *“¡Quítate de mi vista, Satanás!”*
- No permitas que tus pasiones se opongan al plan salvífico del Padre: *“¡Quítate de mi vista, Satanás!”*

Para llevar adelante la extensión del Reino de los Cielos debes vivir en continuo exorcismo: *“¡Quítate de mi vista, Satanás!”*; debes deshacer los planes corrosivos de Satanás, que los ejecuta por medio de mundanos, cristianos, e incluso por medio de ti mismo, si no vives vigilante:

«Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento.» (Mc. 13, 33).

«Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio hijo.» (Hech. 20, 28).

«Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil.» (Mt. 26, 41).

“Tú piensas como los hombres, no como Dios”: Si Jesús llama Satanás a S. Pedro por pensar como los hombres, ¿entonces debemos concluir que el pensamiento de la humanidad es diabólico? ¿Equivaldría a la advertencia que hizo Santiago apóstol cuando dijo: si vuestra *“sabiduría no desciende de lo alto, sino que es terrena, natural, es demoníaca?”* (Sant. 3, 15). –En verdad que el hombre que no participa de la iluminación de Dios vive tan alejado de la verdad y tan expuesto al influjo del diablo, que éste se le cuela en su corazón y viene a convertirse en un vil emisario del infierno, como puedes contemplar en los mundanos que prescinden del Evangelio.

“Después llamó a la gente”: Como el mensaje de salvación no es sólo para los Doce apóstoles, Jesús hace partícipes de su enseñanza a todas las gentes, pues quiere que todos se salven:

«Quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad.» (1 Tim. 2, 4).

“Y a sus discípulos”: Jesús llega al fondo de su mensaje de salvación, sin omitir lo más doloroso: la cruz. La predicación de Jesús es equilibrada, no padece el desequilibrio de los que quieren silenciar la cruz, o ignorarla, o combatirla, o neutralizarla, o ridiculizarla...

El seguimiento de Jesús supone:

- **“Que se niegue a sí mismo”:** Rechazo de lo pecaminoso y disposición de la vida en las manos de Dios.
- **“Que cargue con su cruz”:** Aceptación de la salvación también mediante la mortificación y la abnegación de sí mismo.
- **“Que me siga”:** Proyección de la historia hacia Jesús.

Jesús ama tanto la cruz, que no pierde oportunidad para proclamarla. En esta ocasión pareciera que el silencio hubiera sido más circunstancial, pero, aunque no parezca de lo más oportuno, Jesús aprovecha esta ocasión de contraste psicológico para dejar más grabada en las mentes de sus apóstoles la doctrina salvadora de la cruz.

“Y les dijo”: Como va a tener repercusión su enseñanza, tanto en los discípulos como en las gentes, Jesús llama conjuntamente a ambos grupos y se pone a enseñarles solemnemente una doctrina tanto más importante cuanto más se proclama en oposición al despropósito de Pedro.

“El que quiera venirse conmigo”: Jesús propone una doctrina, no la impone. Jesús respeta tu libertad, pero te indica el camino de la vida. Jesús quiere liberarte del mayor déspota que persigue tu vida terrena, que eres tú mismo contra ti.

“Que se niegue a sí mismo”: El cristiano ha de entablar una relación de oposición consigo mismo, ha de oponerse a las exigencias de su “yo” y disponerse a un seguimiento radical del Señor. Ha de estar dispuesto a dar un no rotundo a las apetencias endiosadas de su corazón, que pretenden doblegar a la persona reclamándole un culto repugnante de

adoración incondicional. Aquí chirría la doctrina de la cacareada “*autoestima*”:

«No os estiméis en más de lo que conviene; tened más bien una sobria estima según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual.» (Rom. 12, 3).

La negación de sí mismo destruye al enemigo peor que tiene el hombre consigo mismo. La negación del amor propio, del “yo”, hace que surja poderoso el amor de Dios. Se da un cambio de entidad en la persona, que lo traslada de la esfera de lo pecaminoso hacia las regiones de la santidad en Dios.

Ignorarse a sí mismo, como quien ignora a un necio peligroso, es la sabiduría de los santos, que han sabido mortificar (dar muerte) a todo lo que, heredado de Adán, mata. Si esto te parece insufrible, cosa a todas luces natural, es insufrible precisamente por tu experiencia de lo natural, pero será lo sobrenatural lo que te hará fácil y sabrosa la negación de ti mismo:

«EL AMOR HACE FÁCIL LO QUE PARECE DIFÍCIL.

Duro y grave parece aquel mandamiento del Señor: el de negarse a sí mismo quien haya de seguirle (cf. Mt. 16, 24; Mc. 8, 34; Lc. 9, 23. Se trata de ver cómo a los creyentes se les solicita un requisito tan pesado y contrario al sentido común); mas nada de cuanto Él ordena es duro y pesado, ya que nos ayuda a cumplirlo... En efecto, todo lo duro de los mandamientos lo hace suave el amor (cf. Mt. 11, 29-30).» (S. AGUSTÍN, Sermón 96, 1; PL 38, 584).

«ÉL REALIZA LO QUE MANDA.

No es difícil lo que él ordena, puesto que él ayuda a cumplir lo que manda... De igual manera que el hombre perece al amarse a sí mismo, así también se encuentra al negarse a sí mismo. El amor a sí mismo fue la primera perdición del hombre. En efecto, si no se hubiera amado a sí mismo con un orden perverso, habría antepuesto a Dios y no a sí mismo, y hubiera preferido ser súbdito de Dios.» (S. CESÁREO DE ARLÉS, Sermón 159, 1-2; CCL 104, 650-651).

“Que cargue con su cruz”: Doblegar el propio “yo” es tan doloroso que se convierte en una cruz mortal, pero el cristiano ha de cargar con esta cruz sangrienta, ante la cual todas las demás cruces son como un paseo triunfal.

«LLEVAR LA CRUZ.

¿Qué significa “tome su cruz”? Lleve lo que es molesto, y así ha de seguirme. Cuando ha comenzado a seguirme conforme a mis mandatos y enseñanzas tendrá muchos contradictores, muchos que le prohibirán, tendrá no sólo muchos desertores, sino también muchos perseguidores (cf. Mt. 5, 11). Y no sólo de entre los paganos, de los que están fuera de la Iglesia, sino también de entre los que parecen estar dentro del cuerpo, pero que están fuera por la maldad de sus obras, y, aunque se gloríen con el solo nombre cristiano, sin embargo, persiguen continuamente a los buenos cristianos. Estos tales forman parte de los miembros de la Iglesia, de igual manera que los malos humores del cuerpo (cf. 2 P. 2, 1-3). Tú, si pretendes seguir a Cristo, no rechaces el llevar su cruz: tolera a los pecadores, pero no quieras sucumbir. No te debe corromper la falsa felicidad de los malos. Por Cristo debes despreciar todo con tal de poder alcanzar su amistad.» (S. CESÁREO DE ARLÉS, Sermón 159, 5; CCL 104, 653).

“Y me siga”: No es suficiente matar la muerte, que anida en el corazón humano, mediante la asunción de la cruz, sino que el hombre ha de proyectar sus pasos hacia Cristo Jesús. Sin Jesús, la cruz no es más que gnosis pagana, filosofía oriental, novelería diabólica.

“Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá”: Es la actitud contraria de negarse a sí mismo, es una pretensión autosalvadora y de autoposesión de la propia vida al margen de Dios, de espaldas a la condición humana después del pecado original.

Aquel que por salvar la vida renuncia a Cristo y su doctrina, se pierde. Aquel que por librarse de daños temporales renuncia a los esquesmas del Evangelio, se condena.

“Pero el que pierda su vida por el Evangelio, la salvará”: Quien no prescinde de Jesús y su doctrina, por mayores males que le acaezcan, aun el de la muerte temporal, ése se salvará y dará mucha gloria a Dios. Ése es el santo.